COMEDIA NUEVA.

TRIUNFOS DE VALOR Y ARDID.

CARLOS DOCE REY DE SUECIA.

PRIMERA PARTE.

ESCRITA POR DON GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Carlos XII. Rey de Suecia, amante de...
Isabela, Esposa de...
Renckild, Mariscal de campo, enemigo encubierto de *Carlos*, y confidente de...
La Czarina, Esposa de...
Pedro Alexiowitz, Czar de Moscovia.
Piper, Maestro de *Carlos.*
Gullens, Oficial Sueco.
Augusto, Rey destronado de Polonia, amigo de *Pedro.*
El Principe Mencicof, General de los Moscovitas.
Oficiales, y Soldados Moscovitas, y Suecos.

ACTO PRIMERO.

Monte elevado, y quebrado al foro, con alguna espesura de bosque en la falda à un lado: por la espalda del monte à lo lexos se ven almenas y torreones, que demuestren la inmediacion de Moscou: al son de marcha salen por el llano en orden de batalla Soldados y Oficiales Moscovitas, Mencicof, Augusto, Pedro, y la Czarina.

Voces.
Viva el Czar de Moscovia, reyne y triunfe
siempre feliz innumerables siglos.
Ped. Valientes Moscovitas, cuyos hechos
son fieles pregoneros y testigos
de vuestra lealtad, de vuestro aliento,
y de mi misma gloria, yo os estimo
esos nobles deseos que à los labios
arroja sin cesar vuestro cariño;
en él esperanzado justamente
abrazé sin recelo del peligro
la accion à que aspiramos: considero
que Carlos de Suecia es un caudillo
de astucia y de valor; sé las victorias
que su arrogante espíritu ha adquirido
de inumerables Príncipes; conozco
que aun sobre la fortuna su dominio
parece que ha extendido; sí, vasallos,
todo lo sé; mas si al heroico brio
de vuestros corazones; si à las glorias
que me habeis grangeado; si à los dignos
motivos que nos mueven hoy atiendo,
le creo, aun antes de lidiar, vencido:
Carlos en su fortuna confiado
aun mas q̃ en su poder, à Augusto invicto
del trono de Polonia, en que se hallaba,
y aun de todas sus tierras y dominios,
le ha arrojado cruel: à Estanislao
Lecsinski colocó su despotismo
en el dosel de Augusto: yo à mi cargo
he tomado el vengar este delito,

y volverle á su trono, con ayuda
de vuestro heroyco aliento y noble brio:
por esto, y porque es facil que mañana
leyes quiera imponernos su delirio,
si á sujetar su orgullo no aspiramos,
al encuentro salirle determino
sin detencion: y así, nobles guerreros,
añadid este timbre esclarecido
à los que ya adquiristeis: vea Carlos
que sabemos vencer à quien supimos
convidar con la paz; y que si él pudo
vencer Reyes, rendir tantos caudillos,
cuyo valor el orbe todo admira,
nosotros solos su poder vencimos;
salgámosle al encuentro, porq̃ aun antes
que pueda gloriarse su delirio
que el término pisó de nuestras tierras,
llore su atrevimiento en su castigo.

Czar. Salgamos, sí; yo la primera ofrezco,
si me ayudare vuestro noble brio,
abatir su soberbia; el duro acero,
que à pesar de mi debil sexo ciño,
será en mi brazo rayo que destruya
la multitud inmensa de enemigos;
será segur, que como espigas tiernas
gargantas siegue con agudos filos;
y en fin será instrumento pavoroso,
que de mi fuerte impulso dirigido,
en cada amago vibre un escarmiento,
y en cada golpe un bárbaro castigo.

Aug. Yo de tan noble exemplo estimulado
mucho mas que del propio interes mio,
seré terror del inhumano Carlos,
y admiracion de los futuros siglos.

Menc. Pues yo, en nombre de todos mis soldados,
que apresuremos esta accion os pido,
porque en cada semblante estoy leyendo
la notable impaciencia con que altivos
esperan que el clarin à marchar toque.

Ped. Pues toque à marcha, espíritus altivos,
y el amor de la gloria en vuestras almas
nuevo valor infunda.

Al ponerse en movimiento el exér.ito se descubre por la cima del monte un Oficial Moscovita que desciende con precipitacion.

¡Mas que miro!
Tened, que el Oficial de esa atalaya,
que yace à espaldas de ese altivo risco,
ácia aquí se dirige presuroso.

Menc. Sin duda viene à dar algun aviso
à esta accion importante.

Ped. Así lo creo.

Ofic. I. Mosc. Señor, ya del exército enemigo
las tropas avanzadas van venciendo
la espalda de ese monte, y el distrito
de la espaciosa vega ocupa un grueso
de inumerables tropas.

Ped. Y dí, amigo,
¿podremos presentarles la batalla?

Ofic. I. Señor, segun el número excesivo
de las tropas contrarias, me parece
que pondreis vuestro exército en peligro
si aquí les aguardais.

Ped. Calla, villano,
cobarde, calla, ò mi denuedo mismo
arrancará la infame lengua tuya,
que tal oprobio à mis soldados hizo:
si como tú cobardes fueran todos,
ni yo fuera à buscar à mi enemigo,
ni ellos lidiaran, no; mas si por ellos
Pedro el Grande llamarme he merecido,
si por ellos mis sienes coronadas
se miran de laureles inmarchitos,
y si por infinitos de los suyos
vale solo un soldado de los mios,
¿qué tengo que temer? Al arma toquen.
Valerosos guerreros, hoy conmigo
venis mas que à lidiar, à vencer solo,
pues no aprendisteis nunca à ser vécidos.
Al pie de esa colina con cautela
podremos aguardar al enemigo,
y lograr la ventaja del terreno,
porque sea menor nuestro peligro.
A marchar, Mencicof.

Menc. A marchar toquẽn:
y entre el bélico estruendo, amigos mios,
en aplauso del Czar los ecos digan....

Tod. Que reyne y triunfe inumerables siglos.

Se entran en orden de batalla. Salen por la cima del monte Acberos maniobrando. Soldados Suecos, pertrechos de guerra, Renchild, Gullens, Isabela, Carlos, y Piper, y van baxando.

Rench. Ya avisada la Czarina *ap.*
tengo de nuestros designios
para que el Czar se disponga
contra Carlos; que aunque miro
que es mi Rey, pues me da zelos,
ya es mi mayor enemigo.

Gull. Soldados no hay que fiar
de estas quiebras; prevenidos
nos halle el riesgo, si acaso
nos sorprendiera el peligro.

Pip. Señor, aquella es Moscou.

Carl. Y à lo que de aquí percibo
está bien fortalecida.

Pip. Como que el escudo ha sido
de sus Czares.

Carl. Yo haré presto
que venga hoy á serlo mio.

Pip. Sus dificultades hallo,
Señor, porque todo el sitio
es pantanoso, y muy duro.

Carl. Ablandarle à fuego vivo.
¿ Madama venis cansada ?

Isab. Si es que la verdad os digo,
si señor; pues esta sorna
para mi genio no se hizo.

Carl. No es para andarlo de prisa,
señora, aqueste camino;
fuera de que en nuestras marchas,
aunque os repugne este dicho,
anda mas quien corre menos.
¿ Piper, no es así ?

Pip. Es principio
de la mejor disciplina,
pues puede ver el peligro
mejor el que va de espacio,
y evitarle prevenido;
pero el que corre, si cae,
como à menudo hemos visto,
tarda mas en levantarse,
y mientras llora el conflicto
le alcanza y pasa adelante
el que va despacio.

Dentro Ped. Amigos,
pues no les puede valer
la fuga en aqueste sitio
fragoso, à ellos.

Rench. Soldados,
à abrir el mejor camino
con las armas, sin perder
el buen orden con que os miro.
Cumpla yo mi obligacion *ap.*
à pesar de mis designios.

Ya se habrán ocultado los Acheros: previénense los Fusileros para las tres descargas que executarán con orden de avance al primer al arma; luego con espada en mano, sin perder el orden de sus filas baxan al llano; los otros animados de Gullens, y Piper, con igual orden descienden por otra parte ocultándose, y se oye dentro ruido de batalla. Salen Pedro, Augusto, Mencicof, y Moscovitas, retirándose de Renchild, Piper, Gullens, y Suecos, dividiéndose el cuerpo de Moscovitas de manera que Pedro y algunos Soldados frente à la izquierda lidien con Carlos, y Suecos; y Augusto y otros, frente à la derecha con Renchild y otros; en cuyo intermedio cruzan por el monte Suecos retirando à Moscovitas.

Carl. Por Dios que el Czar no nos quiere
hoy, Piper, en sus dominios,
segun se vé.

Pip. Muy bien hace;
porque si él llega à admitirnos,
tal vez de su casa misma
le echará vuestro capricho.

Carl. A eso vengo.

Gull. Al arma, Suecos.

Carl. Por aquí, leones mios;
y mientras allá los unos,
à pesar del enemigo,
baxan al llano, nosotros
ocupemos el camino
de Moscou, porque ninguno
pueda volver allá vivo.

Pip. Despacio.

Carl. Mala leccion;
que descubierto el peligro,
la diligencia tan sola
puede cortar sus perjuicios.

Pip. Mas sabeis que yo. *vas.*

Dentro Ped. Soldados,
no permita nuestro brio
que el llano ocupen.

Dentro Rench. A ellos.

Isab. A tierra; que este exercicio,
aun à pesar de mi sexo,
me llena de regocijo.

Dentro Gull. Ya estamos en tierra firme,
nobles Suecos.

Dentro Pip. Prevenidos
estemos, Gullens, que es bueno
para emboscadas el sitio.

Salen retirando à los Moscovitas.

Ped. Soldados, que nos retiran;
procuremos reunirnos
sin desmayar.

Carl. Por aquí
está tomado el camino
de Moscou, y solamente
hay paso por estos filos.

Ped. Pues por ellos le abriremos
de esta suerte.

Retiranse por la izquierda los Suecos; y sale por la derecha Isabela.

Isab. Valor mio,
pues desmentiste hasta aquí
mi sexô con heroismos
y proezas, ahora es tiempo
de que sepa el enemigo
quanto mi naturaleza
trocó mi genio aguerrido. *vas.*

Sale Carlos con la espada quebrada retirándose del Oficial 1. Moscovita.

Carl. Pese al autor de esta espada
que tan delgada la hizo
y de tan escaso aguante;
que à no quebrarse imagino
que no quedaba à estas horas
ningun Moscovita vivo.

Ofic. 1. Pues sin defensa os mirais
¿qué es lo que esperais? rendios.

Carl. Fuerza será: si mi astucia *ap.*
no me saca del peligro.

Dentro Voc. Aquí está.

Carl. Detente, Piper,
no le mates, que no es digno.

Como suponiendo à Piper à espaldas del Oficial, vuelve este el rostro, Carlos se abraza con él, le dá de puñaladas, y quita la espada. Salen Mencicof, y Moscovitas.

Ofic. 1. Quien aquí:::-

Carl. Muere traidor;
que para tales peligros
ha estudiado Carlos Doce
algunos de estos arbitrios.

Ofic. 1. Muerto soy. *Carl.* Tú lo quisiste:
ahora vengan enemigos,
que aunque el rayo es Moscovita,
vendrá à abrasar como mio.

Entrase retirando á Mencicof, y Moscovitas. Sale la Czarina retirándose de Suecos, y detras de estos Isabela.

Isab. Villanos tened las armas,
no afrenteis así el altivo
espíritu que me inflama:
para sujetar su brio
sola yo basto: ventajas
que dexen envilecido
mi valor eternamente,
las detesto y abomino.
Conmigo riñe. Y vosotros,
si no quereis que los filos
de este acero al desacato
que cometeis den castigo,
huid de mi vista. Riñe. *Retiranse.*

Czarin. Mira que tu precipicio
has de llorar.

Isab. Lidia, y calla.

Czarin. Sí haré, que si me retiro
allí de muchos, aquí
castigaré tu delirio. *Riñen.*

Isab. Soberbia estás.

Czarin. Puedo estarlo,
porque conozco mis brios.
¡Pero ay de mi!

Caesele la espada, los Soldados la cercan amenazándola con las suyas, Isabela va à embestirlos, y salen Carlos, Piper, Renchild, Gullens, y Soldados.

Isab. Deteneos.

Carl. Pues han tomado ya asilo *saliendo.*
en Moscou nuestros contrarios,
venid. ¡Pero qué percibo!
Villanos, ¿pues cómo así
inhumanos y atrevidos
faltais al noble respeto
que naturaleza quiso
conceder à la hermosura?
No bastó ver que el destino
humilla hasta el mismo suelo
todo el cielo en un prodigio,
sino que viles é infames
osais esgrimir los filos
de esas vencedoras armas
contra su vida? Pues vivo
yo mismo, que porque el mundo
conozca que quien os quiso
valientes con el contrario,
con las bellezas os hizo
cortesanos, en mis iras
habeis de hallar el castigo. *Empuñando.*

Pip. Gull. Isab. Señor:::-

Carl. Nadie me detenga,
pues con su escarmiento mismo
sabran todos cómo deben
tratar en lo sucesivo
sexo en quien Naturaleza
recopilar ha querido
sus portentos.

Czarin. Que templeis
vuestras iras os suplico.

Carl. Si haré, para que conozcan
que vuestro noble dominio
sobre los hombres sufoca
todos los furores mios:

esta espada, de mi mano *se la vuelve.*
resucite vuestro brio
segunda vez; que aunque se
que estarán de mas sus filos
para matar donde esten
vuestros ojos peregrinos,
no es justo que haya quien goce
tan hermoso desperdicio;
que está desayrado el rayo
fuera de su centro mismo.

Czarin. La cortesania aprecio.

Carl. Y porque vuestro destino
llegue à vencer Carlos Doce,
libre à Moscou podreis iros;
y decidle de mi parte
al Czar, que con vos envio
un gran peligro à sus ojos,
que se guarde del peligro,
pues yo paso à hacerle suyo,
porque es mucho para mio.

Czarin. Yo pagaré esta fineza
que ahora me haceis. Si consigo
que Renchild me ayude. *ap.*

Carl. Piper,
acompañala.

Pip. Habeis visto
que es la Czarina esa Dama? *ap.*

Carl. Sí, y aun por eso la libro;
que quiero que el Czar conozca
que es él solo mi enemigo.

Vanse Piper y la Czarina.

Vosotros, pues reconozco
que es tan ventajoso el sitio,
disponed que se aquartelen
las tropas con el alivio
posible.

Gull. Ya obedecemos. *Vase con Soldados.*

Rench. Suframos, recelos mios, *ap.*
mientras la venganza nuestra
proporcionan mis designios. *vanse.*

Carl. Bien sé que estarás quejosa
de que quitára à tu brio
mi grandeza aquel trofeo,
pero con otro imagino
recompensarle.

Isab. ¿Y quál es?

Carl. El de un amante alvedrio,
que al idolo de tu fe
se ofrece por sacrificio;
mas digno és, si bien se mira,
de tu aprecio, que el qué quito
à tu valor.

Isab. ¿De qué modo?

Carl. Oye, y verás que lo explico.
Quien dá aquello que debió,
pagó; pero aquel que dá
sin deber, merecerá
mas de aquel que recibió;
allí un trofeo pagó
lo que debia, otro aquí
dá sin deber; con que así,
que merece mas se vé
que el trofeo que quité,
el trofeo que te dí.

Isab. El trofeo con que aquí
vuestra bondad me brindó,
aunque parece que no,
pesar puede darme à mí:
el que me quitais allí
solo puede, à mi entender,
darme placer; luego à ver
llegamos que he de apreciar,
mas que à quien me dá un pesar,
à quien me paga un placer.

Carl. Porque me pueda ofender
arcabuz que uno me dió,
no debo dexarle yo
de admitir y agradecer,
pues no lo podrá él hacer,
si yo le sé manejar:
y así, sábele tú usar,
Isabela, que en rigor
el arcabuz de mi amor
jamás te podrá dañar.

Isab. Doy que sepa manejarle
luego que pueda adquirirle;
doy que llegue à consentirle
la continuacion de usarle;
doy que logró rebentarle
el ayre que le oprimió,
y que à su dueño ofendió:
decidme, por vida mia,
¿vuestro pecho estimaria
el don, ni à quien os le dió?

Carl. Sí, que aquel que le ofreció
la culpa à tener no viene.

Isab. Bien; luego la culpa tiene
quien el arcabuz tomó.

Carl. No, porque bien puedo yo
admitirle y apreciarle,
conservarle y manejarle;
que si el uso le consiente,
pues veo el riesgo patente,
entonces podré dexarle.

Isab. Doy que el riesgo ha visto ya
quien el arcabuz cargó,
mas doy que à sus pies saltó
la ave que buscando va.
Decidme, Señor: ¿ Habrá
en lance tan oportuno
cazador de amor alguno,
que dexe de hacerla fuego,
por mas que sepa que luego
ha de llorarlo ? Ninguno.
Yo al menos no he de admitir
el arcabuz de un amor
que un favor y otro favor
pueda luego consentir;
porque aunque yo quiera huir
el riesgo que toco y siento,
salta el ave del contento,
la vé la casualidad,
dispara la voluntad,
y muere el entendimiento.
Carl. Nunca el ginete temió
la caída del cavallo.
Isab. Pues por eso sin pensallo
su precipicio lloró.
Carl. Loco es el que no lidió,
por miedo de ser rendido.
Isab. Sí; pero en igual sentido,
que será mas loco entiendo
el que pelea, sabiendo
que al fin ha de ser vencido.
Carl. Nada el que no se aventura
podrá ganar, à mi ver.
Isab. Gana el no poder perder,
que es la ganancia segura.
Carl. Esa es flaqueza.
Isab. Es cordura.
Carl. Ese es temor.
Isab. No es, Señor,
sino saber en rigor
que uno, conservado, es uno,
y muchos serán ninguno
si se arriesgan con temor.
Carl. ¿ Qué en fin sorda à mi favor,
qué en fin dura à mi querer,
ni te vence mi poder,
ni te persuade mi amor ?
Isab. Esto me manda mi honor;
pero à tener libertad,
sin faltar à la lealtad
que ya à mi esposo juré,
para amar::-
Carl. ¿ Qué hicieras ?
Isab. ¿ Qué ?
rendiros mi voluntad,
mi vida, mi corazon,
mi fe, y quanto dar pudiera
fuera vuestro.
Carl. ¿ Mio fuera ?
Isab. Ya lo dixe. Esta pasion,
que à pesar de mi opinion
por instantes va creciendo,
me hace::-
Carl. ¿ Qué ?
Isab. Ni aun yo lo entiendo:
dexadme con mi afliccion.
Carl. Nada encubras.
Isab. Es forzoso.
Carl. ¿ Quién te lo manda ?
Isab. Mi suerte.
Carl. Que puedo mudarla advierte.
Isab. No podeis, que tengo esposo.
Carl. Mataréle yo celoso.
Isab. Defenderé yo su vida.
Carl. Eso es ser tú su homicida.
Isab. Y eso es ser vos inhumano.
Carl. La culpa tiene tu mano.
Isab. Cortaréla yo ofendida,
y aun si presumir pudiera
que à este exceso os obligara
mi corazon, le arrancara,
y despues me le comiera:
mis mismos ojos supiera
arrancar, si sin enojos
os incitáran mis ojos;
porque mas quiero en rigor,
que à ser vengan de mi honor,
que no de mi amor despojos.
Carl. Pues tambien sabré yo hacer,
sea ó no sea locura,
que venga à ser tu hermosura
víctima de mi poder;
y sabré, si es menester,
sea ò no sea razon,
pues me da tanta ocasion
tu loca temeridad,
recoger mi voluntad,
y ofrecerte el corazon.
Isab. Eso si, aunque mi sentir
no lo pueda agradecer.
Carl. Sabré hasta morir querer.
Isab. Yo querer hasta morir.
Car. Mas si el callar y gemir
ha de agradarte en rigor.
Isab. Mas pues peligra mi honor

si digo que llego à amar.
Carl. Amor, vamos à callar.
Isab. Vamos à callar amor.
Al irse cada uno por su lado salen Renchild y Suecos, que traen preso al Oficial 2. Moscovita.
Rench. Señor, ahora ha llegado
del exército enemigo
este Oficial.
Carl. ¿Con qué intento?
Ofic. 2. Solo con el de serviros
en esta campaña. *Carl.* ¿Cómo?
¿Contra tu Rey?
Ofic. 2. A eso aspiro.
Carl. ¿Te ha ofendido?
Ofic. 2. No señor.
Carl. ¿Pues qué causa te ha movido
à dexarle?
Ofic. 2. Solamente
la de desear mi brio
militar baxo del mando
de un guerrero tan invicto
como vuestra Magestad.
Carl. Y dime: ¿con qué servicio
lo acreditarás?
Ofic. 2. Haciendo
qne sea en el dia mismo
vuestra la Plaza, pues tengo
para ello muchos arbitrios.
Carl. Está bien. Renchild.
Rench. Señor.
Carl. Porque vea quanto estimo
su valor, y la fineza
que hace por mí, ve al proviso
y haz que:::
Ofic. 2. Venturoso soy.
Carl. Le arrojen de ese alto risco.
Rench. ¡Qué escucho!
Ofic. 2. Señor:::
Carl. Ve presto,
que Soldado que hoy indigno
vende al Czar, siendo su Rey,
por adular mis oidos,
será facil que mañana
haga lo mismo conmigo.
Rench. Exâminadle primero.
Carl. Y que en habiendo vencido
al Czar mañana, la fama
diga que con el auxîlio
de aquese traidor venció
Carlos Doce à su enemigo:
no, Renchild: venza mi astucia,
mi valor, y el de los mios
solamente, porque sea
mayor el triunfo y mas digno.
Ofic. 2. Piedad, Señor.
Carl. Yo la usára
si me hubieras ofendido
à mí solo; pero puesto
que ofendiste à un tiempo mismo
à mí, à tu Rey, y à tu patria,
con tan enorme delito,
lo que por mí te perdono,
por los otros dos castigo.
Ea llevadle.
Ofic. 2. Yo propio
me busqué mi precipicio.
Llévanle los Soldados.
Rench. ¡Qué crueldad!
Carl. Denme gracias
Moscou y su Rey unidos,
pues à él quito un mal vasallo,
y à ella la mato un mal hijo.
Rench. ¡Oh quánto vengar deseo
su tirano despotismo!
¿Teneis que mandarme?
Carl. No.
Pues tanto en su rostro miro *ap.*
sus zelos, así pretendo
evitar qualquier peligro
à Isabela. Solo quiero
que no eches nunca en olvido
que es Isabela tu esposa;
tú, Renchild, vasallo mio;
y Carlos: quien irritado,
antes de verse ofendido
derribará hasta sus pies
el impulso mas altivo.
Rench. Señor:::
Carl. Venid, Isabela. *vase.*
Isab. Ya vuestros preceptos sigo.
¡Ay Renchild, quan pronto aguardo *ap.*
el tuyo y mi precipicio! *vase.*
Rench. Presto mi venganza hará
que reviva el honor mio,
y que sepa Carlos Doce
quan mal de ofenderme hizo. *vase.*
Aposento de Pedro. Salen este, Augusto, y la Czarina.
Ped. Quanto agradezco à la suerte
que procediera tan fino
contigo Carlos; pues ya
que una victoria perdimos
en que pendia el acierto

de todos nuestros designios,
al menos la gloria tengo
de que trofeo tan digno
no posee.

Czarin. Os aseguro
que aunque su nombre abomino,
lo galan con lo valiente,
lo cortés con lo entendido,
por mas que enemigo sea,
le hacen amable enemigo.

Ped. Así le pinta la fama,
esposa; pero imagino
que su fiero orgullo borra
esos nobles requisitos.

Aug. Patcul, que fue de su padre,
como ya sabeis, Ministro,
dixome que Carlos era
un joven de mucho brio,
de una condicion severa,
muy tenaz en sus designios,
rostro agraciado, buen talle,
mucha audacia, genio vivo,
pronto en buscar los remedios,
sagaz en todo peligro,
y de una naturaleza
tan hecha à los exércicios
de la guerra, que resiste
mas que sus Soldados mismos
las mas atroces fatigas
que suele traer consigo;
y por gracia referia
que un dia le fue preciso
cortar las botas y medias,
porque de dormir vestido
entrambas piernas tenia
entumecidas; el vino
jamas le prueba, pues dice
que no quiere por amigo
à quien le pueda mandar;
come poco, y el mas rico
manjar es aquel que ofrecen
à su dispuesto apetito;
venera à las hermosuras,
sin que jamas su incentivo
haya gozado en su pecho
el mas infame dominio:
finalmente, me decia
él propio... El Heroe mas digno
de eterno aprecio seria
Carlos Doce, si el altivo
genio suyo, y la injusticia
con que emprende sus designios,
no obscureciera en un todo
las virtudes que en él miro.

Ped. Todas esas qualidades
le dan aun sus enemigos:
pero un Rey que así abandona
sus legítimos dominios
por destruir los agenos,
su mabicion ò su capricho
le gobiernan, y se aleja
de los nobles requisitos
de un Heroe. El Rey en su trono
poniendo horror al delito,
dando premio à la virtud,
fomentando por sí mismo
las artes, enriqueciendo
sus Reynos con exquisitos
proyectos, y procurando
aliviar con mil arbitrios
el peso de los tributos
à sus adorados hijos,
está mejor que en la guerra
venciendo à sus enemigos:
el gusto de una victoria
que vaya siempre es preciso
con el dolor de comprarla
con las vidas de infinitos
vasallos, cuya memoria
desvanece el regocijo
de haber triunfado: la guerra
tan solo por dos motivos
es justa; ò por conservar
sus fueros y sus dominios,
ò por defender las leyes
de la Religion. Me admiro
que apelliden las historias
Heroe à Alexandro. No es digno
de ese nombre quien como él,
por un loco desvario
de hacerse dueño del mundo,
su Reyno puso en olvido,
abandonó su razon,
y sacrificó à sus hijos:
que él añadiera à su Reyno
un pais desconocido
à todo el mundo, y poblado
de unos hombres sin principio
de religion, cuyo antojo
era ley de su alvedrio,
nora buena, pues al fin
les sacaba del abismo
de errores en que vivian
ignorados de sí mismos:

la misma naturaleza
viendo que con sus designios
pulia lo que ella propia
dexó en bruto, era preciso
que hiciera inmortal su fama
à pesar de muchos siglos.
Yo al menos à conservar
lo que heredé solo aspiro:
si hago esta guerra es por solo
dar el mas justo castigo
à quien aun de mis Estados
viene à sacarme atrevido;
con esta razon peleo;
y en ella solo confio
poderle vencer mañana
ya que él hoy nos ha vencido:
esta noche acompañado
de tu brazo, solicito *à Augusto.*
pasar al campo contrario
à entablar cierto designio,
à cuyo fin he mandado
que en un parage escondido
de la ensenada fabriquen
un puente, porque de asilo
nos sirva, si por desgracia
nos conoce el enemigo;
y para no aventurarnos
dexarémos prevenidos
con mi esposa y Mencicof,
por si importare su auxîlio,
los Soldados mas expertos.
Czarin. Ved que:::-
Sale Menc. En este instante mismo
un Embaxador de Carlos
ha llegado.
Ped. ¡ Qué motivo
le traerá! Estoy absorto.
Ve y conducele al proviso
al salon regio.
Menc. Está bien.
Ped. Venid los dos.
Los dos. Ya os seguimos.
El Czar y Augusto parten por la izquierda, y la Czarina llama à Mencicof.
Czarin. Mencicof, que me acompañes
esta noche solicito
al campo contrario, en donde
con una accion determino
llenar mi nombre de gloria,
y dar el justo castigo
à la soberbia de Carlos.
Menc. ¿ Pues no mirais que es preciso
que nos conozcan?
Czarin. No harán;
pues de todo por escrito
avisaré yo à Renchild,
señalándole hora y sitio
en donde debe aguardarnos;
y yo espero con su auxîlio
lograr el fin.
Menc. No os fieis:::-
Czarin. Renchild por ciertos motivos
disgustado está con Carlos;
me descubrió sus designios
aun antes de aquesta guerra;
y en fin sé de quien me fio:
disimula con mi esposo;
y à Dios, que al cuidado mio
queda el volverte à buscar.
Menc. Solo deseo serviros
por mas que mis experiencias
recelen vuestro peligro. *vase.*
Czarin. Valor, à pesar del sexô,
à hacerte inmortal aspiro. *vase.*
Salon magnìfico con dosel, à su lado quatro taburetes y centinelas: al son de marcha sale tropa Moscovita, Pedro, Augusto y la Czarina.
Ped. Vasallos, aunque conozco
que hacen à Carlos indigno
de mi atencion las ofensas
que su sin razon nos hizo,
en escuchar su embaxada
nada se aventura: el mismo
que hoy le oye sabrá mañana,
si nos propone partidos
indecorosos, hacer
que à levantar vuelva el sitio
que puso, con vil afrenta
de su soberbio capricho.
Y porque puede importar
à mis heroycos designios
esta cautela, tú, Augusto,
ocupa el dosel invicto
de Moscovia en este acto,
tú le escucha, y tú à tu arbitrio
le responde, atento siempre
à tu derecho y el mio.
Aug. Ved que:::-
Ped. Nada me repliques,
que de aqueste honor es digno
tan solo un Rey de Polonia.
Llegan al trono, siéntase en él Augusto, Pedro, la Czarina, un Oficial y luego

go

go Mencicof en los taburetes.

Czarin. ¡ Oh si quisiera el destino
que fuera el Embaxador
Renchild !

Sale Menc. Ya llega. *Sale Carl.*

Czarin. ¡ Qué miro !
El Rey es este que viene
Embaxador de sí mismo.

Carl. Salve, gran Czar de Moscovia.

Aug. Dí à lo que vienes.

Carl. Altivo
semblante tiene el buen Pedro.

Czarin. Luego le daré yo aviso
à mi esposo de quien es,
por si importa à sus designios.

Carl. Carlos, à quien el nombre de atrevido
dieron los que sus triunfos han llorado,
salud por mí os envia : y lastimado
de ver que hayais sus armas ofendido,
y que aun mas que sus huestes destruído,
os habrá vuestro miedo arruinado,
viene à darse à partido su denuedo,
porque perdais à su fiereza el miedo.
Dice que aunque su exército pudiera,
solo con que irritado lo intentára,
reducir à pavesas quanto hallára
que à su ciego furor se resistiera ;
porque conozca el mundo que no es fiera
como pintó la emulacion avara,
quiere que venga á pretender el ruego
lo que ha de conseguir à sangre y fuego:
Si otorgais lo que pide, en el instante
levantará este cerco sabiamente ;
pero sino, soberbio é inclemente
asolará esos muros de diamante,
y hará tapete de su pie triunfante
la corona que ciñe vuestra frente
hasta que esta Ciudad diga en su estrago:
Moscou renueva el llanto de Cartago.

Aug. Dexa episodios, Sueco jactancioso,
y dí qué pide Carlos.

Carl. Que advertido,
por todo vuestro Reyno esclarecido
paso deis à su exército glorioso.

Aug. ¿ Qué mas ?

Carl. Que à Augusto, à quiē por mas hõroso
le llama Europa el Rey desposeído,
conmigo le embieis al campo preso.

Ped. Sella tu labio, y sellarás tu exceso
Perdonad, gran Señor, si en esta estancia
llego à abusar de vuestra Real clemencia,
que no es razon q̃ escuche su imprudēcia,
y dexe sin castigo su jactancia.
Ve y dí à tu Rey, q̃ quando su arrogancia
asole esta Ciudad con inclemencia
como tu labio jactancioso ofrece,
tendrá ese paso franco que apetece :
Dile que Pedro, à quien la fama aclama
Grande por su virtud, y por su aliento,
no dió oídos jamás à un pensamiento
tan vil y tan traydor: que ese à quiē llama
Rey destronado, por su justa fama
buscó en el Czar un noble acogimiento,
que lo halló ; y hallará, si biē lo arguyo,
su ruina Carlos, y él el Reyno suyo.

Carl. Y tú ¿ quién eres, que hoy con osadía
tal respuesta me dás ?

Ped. Soy un Soldado,
que de tus amenazas irritado
hice por mí y mi Rey lo que debia.

Carl. A él, y no à tí, tal Embaxada envia
Carlos, mi Rey.

Ped. Él pues te la ha escuchado.

Carl. A él, y no à tí, dar toca la respuesta.

Aug. Si él la ha de dar, la que te ofrece
es esta.

Baxa del trono, mira con enojo à Carlos, y vase con Mencicof, la Czarina, Oficial, y comitiva.

Carl. Pues vive Dios, que aun antes que
el sol puro
traiga las sombras de la noche helada,
à impulsos de mi cólera indignada
ha de temblar ese soberbio muro :
Prevéngase à llorar su pesar duro
Pedro, y sus tropas ; que aunque de
mi espada
piensa que está su vida defendida,
hoy à mi rabia acabará su vida.

Ped. Si como hablas peleas, justamente
puede temerte el Czar, Sueco arrogante;
pero quien habla tanto, es muy cons-
tante,
que algo lejos está de ser valiente.

Carl. Al campo salga quien probar intenta
si está del dicho el hecho muy distante.

Ped. Yo iré à probarlo, sin que tarde mu-
cho.

Carl. Verás entonces si como hablo lucho.

Ped. Yo me holgaré;pues si mi heroico brio
al fin ha de vencerte, como creo,
mayor valor hallar en tí deseo,
porque sea mayor el triunfo mio.

Carl. Mira que has de llorar tu desvarío
quan-

quando de mi valor seas trofeo.

Ped. Al arma toca, pues.

Carl. Al arma toca.

Los dos. Porque antes llores tu arrogancia loca.

ACTO SEGUNDO.

Aposento de la tienda de Renchild. Salen Isabela y Piper.

Isab. Sí, Conde, pues sé que sois
à quien con algun respeto
mira el Rey, como à quien debe
toda su crianza, os ruego
que procureis corregir
su pasion; ved que no puedo
por mí misma contener
sus amorosos excesos:
ved, que mi honor está en duda,
pues los que ven sus extremos
para conmigo, no ven
mis repetidos desprecios:
ved en fin quanto à Renchild
pueden conducir sus zelos
à una accion, en que su vida
y la mia corran riesgo;
no tiene mi honor mas padre
que à vos: y así::- *va à arrodillarse.*

Pip. Deteneos.
¿Qué haceis? Levantad, Condesa,
mitigad vuestro tormento,
que yo confio vencer
prontamente el duro riesgo
que os amenaza; yo al Rey
procuraré con esmero
desviar de una pasion
tan peligrosa con medios
bien suaves. Vos Señora,
tratadle con el despego
que hasta aquí, porque si vos
escuchais sus devaneos
con suavidad, dareis alas
à su loco atrevimiento,
y entonces no podré yo
procurar vuestro remedio.
En fin::- Pero Renchil viene;
y no conviene que à vernos
llegue ahora; aquí me oculto
mientras parte. *ocúltase.*

Isab. Si este medio
no contiene sus delirios,
en vano mi alivio espero.

Sale Renchild y cierra la puerta con llave.

Rench. Aquí está: ya es ocasion,
pundonor, de que empecemos
nuestra venganza.

Isab. ¡Ay de mí!
¡Qué querrá mi esposo, Cielos,
con tales preparativos!

Rench. Valor, no desalentemos.

Isab. Temblando estoy.

Rench. Isabela,
ya llegó el triste momento
en que el volcan que engendraron
mis imaginados zelos
aborte contra tu vida
sus ocultos sentimientos:
que eres mi esposa lo dicen
las angustias que padezco;
pues no llegára à sentirlas
si tú dexaras de serlo:
que te amo, mis zelos mismos
lo publican; pues es cierto
que te dexara de amar
si dexara de tenerlos:
que el Rey te adora, quisiera
ocultármelo à mí mesmo;
pero en mi oprobrio y tu infamia
lo pregonan sus excesos:
que tengo honor, si lo dudan
los que mi paciencia vieron,
presto mi despecho mismo
les mostrará que le tengo:
que en el tuyo no ha cabido
el átomo mas pequeño
de mancha, estoy muy seguro;
que à no estarlo, vive el Cielo
que à tan menudos pedazos
reduxera el vil objeto
de mi deshonor, que::- *empuña.*

Isab. Esposo::-

Rench. Me enagenó mi despecho
vivamente. Yo, Isabela,
restaurar mi honor pretendo,
como es justo: solamente
halla mi dolor dos medios
tan viles, que bien apenas
contra el natural derecho
de la humanidad pudiera
abrazarles por remedio
una opinion desahuciada
por la junta de unos zelos:

morir tú, ò morir el Rey,
son los dos; y pues contemplo
que aunque este la culpa tiene
en él vengarme no puedo,
mira contra quien se pueden
dirigir este momento
mis furores: en tu mano
pongo un puñal y un veneno, *se los dà.*
para que tu propia elijas
tu misma muerte, advirtiendo
que soy yo quien te la doy,
y soy yo quien mas la siento:
elige.

Isab. ¡Qué bien temí
este trance tan funesto!

Pip. Aun está Renchild con ella;
y estraño que tanto tiempo
la esté hablando: desde aquí
oir à los dos pretendo.

Isab. ¿Qué en fin, esposo querido,
he de morir?

Rench. No hay remedio.

Pip. ¡Qué escucho!

Isab. Pues si no le hay,
y es fuerza comprar à precio
de mi vida tu opinion,
no solo perderla ofrezco,
sino es perderla de modo
que puedas agradecerlo.
Estos instrumentos viles
que hoy en mis manos has puesto,
baxen à mis pies à ser *arrójalos.*
testigos de que à mi afecto
le basta para morir
el que lo quieras tú mesmo.
Veo que si con tus armas
llego à matarme, es muy cierto
que vendrá à decir el mundo
que quien me mató fue el miedo,
y quedarán infamados
tu nombre y el mio à un tiempo,
el tuyo por la crueldad,
y el mio por mi respeto.
Pues no, ya que he de morir,
quiero que digan los tiempos
que no me mató el temor,
la amenaza, ni el despecho,
sino la ciega obediencia
de mi amor à tus preceptos;
que si el saber que es tu gusto
no me hiciera este momento
abrazar heroycamente
mi muerte à pesar del sexo
que envilece mi valor,
supiera mi noble esfuerzo
contrastar, y aun dar castigo
à tus viles pensamientos:
pero en fin, vive tú, y cree
que hasta el instante funesto
de mi muerte te amó fina
mi fé, con aquel extremo
que hasta aqui. Nunca en mi idea
cupo el menor pensamiento
de ofenderte, ni cabrá
en este amargo momento
el vergonzoso temor
de morir, porque los tiempos
admiren en mi constancia,
reconozcan en mi afecto,
y ensalcen en mi heroismo
una muger, cuyo pecho
abrió ella misma tan solo
porque lo quiso su dueño.

Rench. Corazon tengo de marmol,
pues la oigo, y no me enternezco.

Isab. A Dios Renchild: de mi amor
recibe este justo exceso *abrazale.*
en un lance en que es forzoso
que venga à ser el postrero.

Pip. Cielos, ¡qué intenta Isabela!

Isab. A Dios, y tú, noble acero, *desemb.*
que supiste tantas veces
abrir enemigos pechos,
traspasa el mio::-

Va à arrojarse sobre su espada, Renchild se pone de espalpas, y sale Piper.

Pip. ¿Qué haceis?
Tened.

Isab. ¡Ay de mi!

Rench. ¿Qué es esto?
Como aquí::-

Pip. Deten la voz,
hombre cruel, monstruo horrendo;
no preguntes cómo, ò quándo
vine aquí; porque los Cielos,
estremecidos de ver
tus inhumanos proyectos,
me traxeron à que sea
quien castigue tus excesos.
Di, bárbaro: ¿qué delito
tus temeridades vieron
en esta infeliz, que pueda
servir de disculpa al feo,
al ignominioso crimen

que

que ideaste? ¿Creer puedo
que merezca su hermosura
un fin tan crudo y funesto?
¿Porque tu Rey temerario
pretenda con rendimientos
manchar su honor siempre puro,
ha de dirigir tu ceño
à su noble resistencia
sus impulsos? Me estremezco.
¿Pues qué castigo la dieras
si cómplice en los extremos
del Rey fuera, quando das
à su inocencia este premio?
¿No hallabas otros caminos
mas nobles y mas honestos
para contener del Rey
los ciegos atrevimientos?
¿Tu valor no te sugiere
algun digno heroyco medio
para triunfar del peligro
sin infamarte à tí mesmo?

Rench. No, que sin quitar la causa
siempre habrá iguales efectos.
Y en fin, Conde, pues no os toca
à vos el juzgar mi exceso,
contened la voz.

Pip. El grito
de la humanidad, los fueros
que me tome me permiten;
y quando no, los derechos
de religion y nobleza
me persuaden, (aun no acierto)
me mandan, que con razones,
amenazas, ó consejos,
estorve la execucion
de un delito tan horrendo,
y si todo no bastáre,
para conseguirlo, debo
apelar al mismo arbitrio
del valor.

Rench. Dexa pretextos
de religion y nobleza,
Piper, que bien antes creo
que defenderás su vida,
porque serás el primero
que hayas del Rey avivado
los amorosos incendios,
y querrás:-

Pip. Por Dios, que miente
quien formó tan vil concepto
de mí; porque Carlos Doce
quanto exêcutáre bueno
de mí lo aprendió, sí, sí,
yo lo digo, y lo defiendo
à cuchilladas; y añado,
que si un Rey tan sabio y cuerdo
obra en algo mal, del diablo
sin duda llegó à aprenderlo.

Rench. Así sostengo lo dicho. *riñen.*

Pip. Y yo así mi oprobio vengo.

Isab. Piper, mirad que es mi esposo.

Pip. No es sino un monstruo perverso
indigno de tal clemencia;
y así, apartad:-

Isab. Deteneos,
ò vive Dios que traspaso *en ademanes*
con este alfange mi pecho. *de herirse.*

Pip. Esperad:-

Rench. Riñe, ò te mato.

Dent. Carl. Abre Renchild.

Pip. ¡Duro aprieto!
que es el Rey.

Rench. Cerrado está,
no importa, que ya resuelto
à matarte, haber no puede
para mí ningun respeto.

Pip. ¿No? pues muere.

Isab. Si le ofendes,
voy à dar fin à mi aliento.

Pip. Esperad:-

Dent. Carl. ¿Qué no me abrîs?
pues vive Dios que mi esfuerzo
se ha de hacer paso, aunque sea
echando la puerta al suelo. *cae la puerta,*
Teneos. ¿Pues que accidente *y sale Carl.*
pudo dar causa à este exceso?
¿Cerrada à mi voz la puerta?
¿Tú, Isabela, dirigiendo
contra tu pecho esa punta?
¿Piper y Renchild riñendo,
y à sus pies como despojos
ese pomo y este acero?
¿Qué es esto?

Isab. Ser yo infeliz,
porque no sois vos mas cuerdo. *vas.*

Carl. Renchild, declara este enigma.

Rench. Perdonad, que no me atrevo;
bastante haveis visto vos,
y harto os dice mi silencio. *vase.*

Carl. Piper, ¿qué es esto?

Pip. Es, Señor,
un funesto, un triste efecto
de la poca reflexîon
(perdonad mi atrevimiento)

con que procedeis. Renchild
tiene honor; vos, sin acuerdo
de la razon, à Isabela
su esposa amais con extremos
agenos de un corazon
tan heroyco como el vuestro:
ved, no pudiendo vengar
en vos, Renchild, sus recelos,
en quién sino en Isabela
(como aquestos instrumentos
dicen) querria vengarlos.
¡Ah Señor! qué desconsuelo
me causa ver el mal fruto
que producen mis consejos!
Un joven tan animoso,
tan virtuoso, y tan cuerdo,
que aun en su lozana edad
dominó con tanto esmero
sus pasiones, ha de verse
abatido (me avergüenzo)
por un amor tan liviano,
tan infame, y tan ageno
de una alma grande! Decid:
¿Qué opinion, è qué concepto
formará de vos el mundo
si llega à saber que ciego
olvidando vuestra gloria,
vuestro nombre, y vuestros hechos,
en vez de esgrimir la espada
estais formando conceptos
con que expresar à una dama
vuestros injustos deseos?
¿Qué dirá si à saber llega
que Carlos Doce soberbio,
mientras Renchild animoso
le está ganando trofeos,
él como empañar su honor
está solo discurriendo?
¿Qué dirá? Dirá que sois,
no el que hasta aquí engrandecieron
las historias por sus triunfos,
sus virtudes, y sus hechos,
sino solo un monstruo indigno
de mandar sobre los Suecos;
un hombre, que à envilecer
con torpezas, con excesos,
aquel divino caracter,
con que le honraron los Cielos,
subió al trono; un hombre en fin,
que abusando del Imperio
que goza sobre los otros,
en tiranizar sus pueblos
piensa no mas. ¿Y tendrá
Carlos Doce sufrimiento
para que Europa le mire
con tan claro menosprecio?
No, mi Rey, no, mi Señor,
no perdais aquel concepto
que os grangearon los triunfos,
que adquirió vuestro ardimiento:
terror fuisteis hasta aquí
de la Europa; haced por serlo
desde hoy tambien, porque en vos
lleguen à admirar los tiempos
un joven tan superior
à sus pasiones: Hacedlo,
sí; que si no, vive Dios,
que Piper será el primero
que se afrente de tener
discípulo, cuyo pecho,
despreciando la virtud,
dió à la iniquidad su seno. *yéndose.*

Carl. Oye, Piper. Vive Dios,
que me habló como maestro. *ap.*

Pip. ¿Qué decís?

Carl. ¿Con que mi gloria
se obscurecerá en efecto,
si amo à Isabel?

Pip. Es preciso.

Carl. Pues ven, que ya la aborrezco.

Pip. ¿Qué decís?

Carl. Que Carlos ama
su gloria mas que su exceso.

Pip. Nunca pudiera esperar,
de vuestro espiritu menos. *vanse.*

Arboleda, y en ella haciendo fagina los Suecos, al extremo de aquellas trincheras, y al fondo à la derecha Moscou con murallas con centinela, rastrillo, y puente levadizo, y cañones en el muro.

Rench. Honor, pues un accidente
tan impensado el efecto
de mi indignacion estorva,
y ya à estas horas contemplo
que tendrá noticia el Rey
de mis declarados zelos,
ya es tiempo que golpes sean
los que hasta aquí amagos fueron;
declárensen ya mis iras,
y muera quien hoy soberbio
mi afrenta busca: perezca
Piper, pues osado y ciego
fue estorvo de mi venganza;
y acabe tambien con ellos

Isabela, pues ha sido
causa de mis sentimientos:
el medio para lograrlo
(pues con la Czarina tengo
correspondencia) será : :-
Pero ácia esta parte veo
que llegan de mis rencores
los principales objetos.
Camina ácia la ensenada; salen Carlos y Piper observándole.
Carl. Eh allí una alma Moscovita,
Piper, con cara de Sueco.
Pip. Renchild : :-
Carl. Renchild tiene cara
de no hacer ya nada bueno.
Dentro Gull. Villanos, de esta manera
castigo yo atrevimientos
contra mi Rey.
Dentro Soldados. Con razon
nos quexamos.
Carl. ¿Qué es aquesto?
Dentro Gull. Traydores, indignos sois
de mi piedad.
Sale Gullens con la espada desnuda persiguiendo à Soldados, uno de los quales llevará en la mano un pan.
Carl. Deteneos.
¿Qué es esto, Gullens? *Gull.* Señor,
quexarse esos viles pechos
del rigor con que les tratas,
diciendo que el pan es negro,
duro, y muy mal sazonado.
Carl. Muestra, à ver. *toma el pan, y le*
Sold. 2. Sus iras temo. *ap.* *prueba.*
Carl. Quiero encubrir mi enojos. *ap.*
Haz, Piper, que de este mesmo
pongan siempre para mí.
Pip. Está bien. ¡Qué sábio medio *ap.*
escogió para reñirles,
sin irritar su ardimiento!
Carl. Id, amigos, y comamos
lo que da de sí el terreno
este dia; que mañana,
quando en la Ciudad entremos,
comeremos del que comen
esos delicados perros.
Sold. 1. Vamos, amigos, pues hoy
nos da nuestro Rey exemplo. *vanse.*
Carl. Gullens, otra vez procura
callar à los mal contentos
con astucia, y no con fuerza;
que harto haremos si vencemos
al Moscovita, sin que
nos hagan guerra los Suecos.
Gull. Señor : :-
Carl. Joven eres; anda,
que tú sabrás con el tiempo
ser General, pues supiste
ser buen soldado.
Gull. Obedezco. *vase.*
Carl. Piper, se van ya cansando
de resistir contratiempos
mis soldados.
Pip. Si señor;
y esperan ver este cerco
acabado para dar
vuelta à sus amados pueblos.
Carl. ¿Eso piensan?
Pip. Si señor.
Carl. Pues hazles saber, que luego
que yo arroje con su ayuda
al Czar de todos sus Reynos,
y logremos poner leyes
al Asia, yo les ofrezco
volverles à que descansen
en sus patrias un invierno.
Pip. Ved que no están ya las tropas
para sufrir los inmensos
trabajos de tales marchas.
Carl. Pues si de tan poco esfuerzo
son, dirásles que se vuelvan
à vivir en ocio eterno
con sus mugeres; que yo
para seguir mis proyectos
no necesito cobardes
conmigo; quiero guerreros
esforzados, que desprecien,
por solo el noble deseo
de su gloria, los rigores
de la guerra: à pisar yelos,
sufrir soles, trepar breñas,
matar hombres, ganar Reynos,
y en fin à pasar trabajos
les traxe: para recreos,
y festines, à Stokolmo
vayan tan débiles pechos;
que yo hasta humillar altivo
todo el orgullo de Pedro,
hasta abatir la soberbia
de Prusia, y hacer eterno
mi nombre en el Asia toda,
sabré dormir en el suelo
como hasta aquí, pisar nieves,
comer lo que diere el tiempo,

me-

menospreciar los peligros,
resistir los contratiempos,
morir matando, y en fin
sabré, sí, viven los Cielos,
derribar hasta mis pies,
las viles almas de aquellos
que:- *Pip.* Señor:-
Carl. Vamos à ver
como trabajan los Suecos.
Pip. Por Dios, que no habló conmigo, *ap.*
y quasi le tuve miedo.
Van à reconocer las maniobras de los soldados. Sale Isabela.
Isab. Desde el suceso pasado
apenas hallo sosiego
en parte alguna. ¡Renchild,
abandonando su afecto,
maquinar mi muerte! ¡él mismo
ser el verdugo sangriento
de su esposa! Solamente
en pensarlo me estremezco.
¡Dice que sin culpa estoy;
y à pesar de todo, ciego
y temerario conspira
contra mis dulces alientos!
¿Y podré yo amarle? ¿Y podré
sin horror en ningun tiempo
mirarle? No, no es posible;
que el inhumano recuerdo
de su crueldad es fuerza
que avivando esté en mi pecho
contra su vida y sus prendas
un justo aborrecimiento.
¿Pero el conspirar Renchild
contra mí, no nace, Cielos,
de su amor? Sí; que à no amarme,
no sentiria el extremo
con que el Rey está infamando
su pundonor: muy bien: ¿luego
su rigor tiene disculpa?
No la tiene; pues sabiendo
que nunca pueden bastar
ni el poder, ni el rendimiento
del Rey, à postrar mi honor,
mirarlos con menosprecio
debiera, pues mis desayres
le dexan mas puro y terso.
¿Y qué puede haver un hombre
que esté à un poderoso viendo
que solicita su agravio,
sin que procure los medios
mas ciertos, para burlar
sus depravados intentos?
No, que es de vidrio el honor,
y puede romperle el tiempo:
¿luego si el medio tomò
para lograrlo mas cierto,
no es culpado? Sí lo es,
pues pudo evitar el riesgo
huyendo de aquí conmigo.
¡Válgame Dios, quán opuestos
afectos me inspiran hoy
mi amor, y mi sentimiento!
Mas, pues hallo en su favor,
como en su contra, pretextos
tan poderosos, tan solo
me resta esperar que el tiempo,
como Juez mas imparcial,
dé la sentencia à este pleyto.
Salen por la ensenada Carlos, Piper, Renchild, y Gullens.
Carl. Pues va llegando la noche,
ve, Gullens, y con secreto
y prontitud, pon en falso
el puente que has visto, puesto
que sin guardia le han dexado.
Gull. Parto al punto à obedeceros. *vas.*
Carl. Tú, Piper, corre y apronta
quanto mandé, porque pienso
(pues la obscuridad nos brinda)
poner en obra el proyecto
que te he dicho.
Pip. Voy al punto. *vase.*
Carl. Renchild, pues sé tus alientos,
ven, que quiero que los dos
recorramos con esmero
las abanzadas.
Rench. Señor,
ved que es el peligro inmenso.
¡Cómo, Cielos, me habla el Rey *ap.*
con tanto agrado!
Carl. Por eso,
para los dos he guardado
el mas evidente riesgo.
Madama, à Dios.
Isab. El os guarde.
¡Oh cómo muestra en su aspecto
Renchild sus iras! Discurso
vamos à buscar un medio
para salir de una vez
de las ansias que padezco.
Se va obscureciendo, caminan ácia las trincheras Carlos y Renchild, y hacen fuego de la Plaza.

Carl. Mariscal Renchild, la salva
nos hacen ya.
Rench. Solo temo
vuestro peligro. Ojalá
perdieras en él tu aliento. *ap.*
Carl. Ya me conocen las bombas,
y me tratan con respeto.
Suena un tiro, y cdesele el sombrero.
Rench. Señor:-
Carl. Una bala fué,
que me derribó el sombrero:
dame otro; y dexa que sigan
divirtiéndose esos perros
hoy, que mañana tal vez
se divertirán mis Suecos.
Salen por lo interior de la arboleda Suecos con un Soldado Moscovita preso, y con luces.
Suec. 1. Aquí está el Rey.
Carl. Ve, Renchild,
infórmate qué es aquello,
mientras yo sigo por mí
este reconocimiento.
Rench. Obedezco.
Sold. Mosc. Estoy perdido
si el Rey llega à ver el pliego
que traxe para Renchild.
Rench. ¿Qué es esto?
Sold. 1. *Suec.* Que en el extremo
de la ensenada encontramos
este espía, y en su pecho
traía oculta esta carta.
Renc. Muestra à ver. Mucho recelo *la toma, y lee.*
que sea de la Czarina *ap.*
dirigida à mí: abro, y leo.
Mosc. ¿Si será este el Rey?
Rench. Muy bien *ap.*
se disponen los sucesos.
Soltadle, y partid de aquí.
Mosc. ¿Qué escucho?
Sold. 1. *Suec.* Ya obedecemos.
Carl. ¡Qué es eso, Renchild? *saliendo por la ensenada.*
Rench. ¡Ay triste! *turbado.*
Espia, segun infiero,
Señor.
Carl. ¿Y qué carta es esa?
Rench. Temores, disimulemos,
pues no me nombra la carta. *ap.*
El mismo, segun dixeron
estos Soldados, la traxo.
Carl. ¿Para quien?
Rench. No sé.
Lee Carl. Pues tengo
pruebas de vuestra amistad,
que vais à esperarme os ruego
à la avanzada esta noche,
pues con vuestra ayuda intento
dar muerte en su misma tienda
à Carlos.
Repr. Pues calla el pliego *ap.*
à quien viene, y quien le escribe,
de este modo he de saberlo.
¿Eres Moscovita?
Mosc. Ayer
lo fuí, pero hoy seré Sueco.
Carl. Dime: quién te dió esta carta?
Moscov. No sé.
Carl. ¿Para qué sugeto
la traxiste?
Rench. Si él lo dice *ap.*
corre mi vida gran riesgo.
Moscov. No me acuerdo ya.
Carl. Yo haré
que te acuerdes al momento.
Id, y haorcádmele de un arbol.
Moscov. Señor, yo:-
Carl. Llevadle presto,
Moscov. Yo diré:-
Rench. Si no le atajo *ap.*
se declara sin remedio.
Señor, si es que vos gustais,
yo con astucia os ofrezco
inquirirlo.
Carl. Si, Renchild,
dexa que le ahorquen primero,
y exâminale despues.
Rench. Ved que:-
Carl. Saber no deseo
quiénes son; que à pechos viles
se les debe este desprecio.
Moscov. Escuchad:-
Carl. Mientras te acuerdas
executarán mis Suecos
mis órdenes.
Moscov. Muera yo, *llévanle los Suecos.*
pues quise guardar secreto.
Renc. Iré à remediar su muerte. *yéndose.*
Carl. Renchild, sígueme.
Renc. Obedezco.
Mucho temo que revele
en el campo este suceso. *vanse.*
De noche, echan el puente levadizo, y salen por la puerta del Muro Mencicof, y la Czarina.

Czar. Mencicof, esta es la noche
de hacer nuestro nombre eterno.
Menc. Ved que Carlos es astuto,
y que Renchild puede habernos
burlado como enemigo.
Czar. Príncipe, yo no lo espero,
que me ha dado muchas pruebas
de su fe desde el momento
que le conocí en Polonia.
Menc. Sin embargo, yo recelo
que :-
Czar. Allá vamos, y el valor
aventure este suceso,
pues sabiendo santo y seña
(por el acaso de haberlo
descubierto aquel espia)
nada que temer tenemos. *vanse.*
Tiendas de campaña. Sale Isabela.
Isab. Ya que las funestas sombras
de la noche, y su silencio
me ayudan, à la Ciudad
del enemigo he resuelto
pasarme, por si en el Czar
hallan mis males remedio.
Con Carlos está mi honor
à una violencia expuesto;
con Renchild tambien mi vida,
si estoy aquí, corre riesgo;
y tal vez, aunque enemigo,
hallarán seguro puerto
en el Czar mi honor y vida.
Salen Mencicof, y la Czarina.
Menc. Señora, pisad mas quedo,
que ya en la abanzada estamos.
Czar. Si, y aun allí un vulto veo,
si no me engaño.
Menc. Será
Renchild.
Czar. Sí, llamarle intento,
que si es él nada aventuro;
y si no, el que fuere viendo
que à Oficial del campo llamo,
por Suecos ha de tenernos.
Menc. Decís bien.
Czar. Renchild.
Isab. ¡Qué escucho!
Sin duda en aqueste puesto
está mi esposo; y de oir
tan solo su nombre tiemblo.
Czar. Renchild.
Menc. Pues que no responde,
no es él.
Czar. Así lo sospecho. *Sale un Oficial Sueco.*
Ofic. En esta parte me dixo
Renchild con grande misterio
que esperaba à la Czarina,
segun ella por un pliego
le avisa. ¿Si habrá venido?
A llamarla no me atrevo
por si otro que ella está aquí.
Menc. Pues que no es Renchild sabemos,
podremos en esta parte
aguardarle.
Czar. Eso deseo;
que si recibió mi escrito,
de su amistad nada temo. *vanse.*
Isab. Pasos escucho.
Ofic. Señora.
Isab. ¡Qué oigo! ¡Si me conocieron!
Ofic. De parte del que emviasteis
à llamar por cierto pliego,
vengo à deciros que el Rey,
por un acaso siniestro
que ocurrió con el espia,
le ha leido, y que es muy cierto
que vendrá por descubrir
quién le escribió: que yo mesmo
hasta su tienda os conduzca
me manda, porque es su intento
hasta el retrete de Carlos
introduciros sin riesgo
esta noche, porque sea
su vida justo trofeo
de vuestro brazo: y así
venid.
Isab. ¡Qué he escuchado, Cielos!
¿Quiénes serán los traydores
que trazan, segun entiendo,
con una muger la muerte
de Carlos Doce? *ap.*
Ofic. ¿Qué hacemos?
Vamos de aquí.
Isab. Yo pudiera *ap.*
saber la traycion siguiendo
sus pasos; pero es forzoso
que me reconozcan luego
que con luz me vean, no,
ya me ha ocurrido otro medio.
Ofic. ¿No hablais? ¿Si me habré engañado?
Pero no, que en este puesto
otra muger no estuviera
à estas horas.
Isab. Deteneos,
que ahora no puedo seguiros.

Pe-

Czar. Mencicof, esta es la noche
de hacer nuestro nombre eterno.
Menc. Ved que Carlos es astuto,
y que Renchild puede habernos
burlado como enemigo.
Czar. Príncipe, yo no lo espero,
que me ha dado muchas pruebas
de su fe desde el momento
que le conocí en Polonia.
Menc. Sin embargo, yo recelo
que : :-
Czar. Allá vamos, y el valor
aventure este suceso,
pues sabiendo santo y seña
(por el acaso de haberlo
descubierto aquel espia)
nada que temer tenemos. *vanse.*
Tiendas de campaña. Sale Isabela.
Isab. Ya que las funestas sombras
de la noche, y su silencio
me ayudan, à la Ciudad
del enemigo he resuelto
pasarme, por si en el Czar
hallan mis males remedio.
Con Carlos está mi honor
à una violencia expuesto;
con Renchild tambien mi vida,
si estoy aquí, corre riesgo;
y tal vez, aunque enemigo,
hallarán seguro puerto
en el Czar mi honor y vida.
Salen Mencicof, y la Czarina.
Menc. Señora, pisad mas quedo,
que ya en la abanzada estamos.
Czar. Si, y aun allí un vulto veo,
si no me engaño.
Menc. Será
Renchild.
Czar. Sí, llamarle intento,
que si es él nada aventuro;
y si no, el que fuere viendo
que à Oficial del campo llamo,
por Suecos ha de tenernos.
Menc. Decís bien.
Czar. Renchild.
Isab. ¡Qué escucho!
Sin duda en aqueste puesto
está mi esposo; y de oir
tan solo su nombre tiemblo.
Czar. Renchild.
Menc. Pues que no responde,
no es él,
Czar. Así lo sospecho. *Sale un O*
Ofic. En esta parte me dixo
Renchild con grande misterio
que esperaba à la Czarina,
segun ella por un pliego
le avisa. ¿Si habrá venido?
A llamarla no me atrevo
por si otro que ella está aquí.
Menc. Pues que no es Renchild sabe
podremos en esta parte
aguardarle.
Czar. Eso deseo;
que si recibió mi escrito,
de su amistad nada temo.
Isab. Pasos escucho.
Ofic. Señora.
Isab. ¡Qué oigo! ¡Si me conocieron
Ofic. De parte del que emviasteis
à llamar por cierto pliego,
vengo à deciros que el Rey,
por un acaso siniestro
que ocurrió con el espia,
le ha leido, y que es muy cierto
que vendrá por descubrir
quién le escribió: que yo mesmo
hasta su tienda os conduzca
me manda, porque es su intento
hasta el retrete de Carlos
introduciros sin riesgo
esta noche, porque sea
su vida justo trofeo
de vuestro brazo: y así
venid.
Isab. ¡Qué he escuchado, Cielos!
¿Quiénes serán los traydores
que trazan, segun entiendo,
con una muger la muerte
de Carlos Doce?
Ofic. ¿Qué hacemos?
Vamos de aquí.
Isab. Yo pudiera *api*
saber la traycion siguiendo
sus pasos; pero es forzoso
que me reconozcan luego
que con luz me vean, no,
ya me ha ocurrido otro medio.
Ofic. ¿No hablais? ¿Si me habré enga
Pero no, que en este puesto
otra muger no estuviera
à estas horas.
Isab. Deteneos,
que ahora no puedo seguiros.

Decidle quanto agradezco
su aviso, y que compensarle
dentro de muy poco espero:
que desde hoy trayga pendiente
esta cadena en su pecho *dale una cadena.*
para que le reconozcan
por ella, todos los nuestros,
por mi amigo y confidente.

Ofic. Está bien; parto al momento,
pues si aquí me hallan con vos,
ambos à dos nos perdemos. *vase.*

Isab. Ahora diré al Rey que note
con gran cuidado en quál de ellos
pára la joya, pues ese
es su enemigo encubierto.
Páguele así la pasion
que me profesa, supuesto
que no permite mi honor
otro reconocimiento:
vea que quando él procura
mi afrenta con tal extremo,
yo con medio tan astuto
su amable vida defiendo.
¿Pero quién, Cielos, podrá
ser el traydor? Creer debo
que Piper::- No, en su nobleza
no cabe crimen tan feo.
Si Guillens::- No. Si Renchild::-
de él mas que de nadie temo,
porque los zelos le excitan,
y son muy viles los zelos.
Pero no, que otra venganza
mas noble tomára de ellos
su valor. Y en fin yo avise
à Carlos Doce su riesgo,
sea quien fuere el traydor,
que es la obligacion que tengo;
tiempo me queda despues
para ir à Moscou huyendo
de mis desdichas, y allí
procurarlas el remedio,
ya que hasta los Cielos mismos
tan desgraciada me hicieron,
que aun el alivio me quitan
de eternizarme muriendo. *vase.*

Salen Augusto y Pedro con capas.

Ped. Augusto, pues sin que nadie
nos conociera nos vemos
en las tiendas del contrario,
ya le queda al valor nuestro
menos que hacer. A la margen
del Neva queda encubierto
un trozo de gente nuestra
para que en todo funesto
accidente nos ayude;
y así perdamos recelos.

Aug. Segun el espia dixo,
aquella tienda, que en medio
de esas dos está, ha de ser
la de Carlos.

Ped. ¿Pues qué hacemos?
Carlos, dos Reyes aspiran
à llevarte prisionero.

Salen Mencicof. y la Czarina.

Czar. Volvamos à la abanzada,
Mencicof, pues aunque el Cielo
quiso que sin ser sentidos
llegásemos hasta el mesmo
cuerpo de guardia, ignoramos
quál sea de Carlos fiero
la tienda: ya aguardará
quizás Renchild; con él mesmo
volveremos mas seguros.

Menc. No replico.

Aug. Ácia este puesto
vienen dos hombres. *à el Czar.*

Ped. Pues obre
la astucia: nos fingiremos
Carlos y Renchild los dos,
y salimos de este riesgo.

Aug. Y si conocen::-

Ped. No temas.

Menc. Aquí hay dos hombres. *à la Czarina.*

Czar. Pasemos
sin hablar.

Ped. Renchild.

Aug. Señor.

Czar. ¡Qué oigo! el Rey es.

Ped. Ve al momento,
y dí à Piper que aquí venga
con algunos fuertes Suecos
al proviso.

Menc. ¿Oís, Señora? *à la Czarina.*

Czar. Renchild nos vendió. ¡Ah perverso!
con tu muerte he de vengar
tu traycion.

Aug. Ya os obedezco. *vase.*

Ped. Aguarda al paso. *ap. à Aug.*

Czar. Fortuna
solo quedó: y pues no puedo
vengarme en los dos, en Carlos *pasando*
lo haga nuestro atrevimiento. *por delant.*

Ped. Se van sin hablar: mi astucia
nos ha sacado del riesgo.

Czar. Mencicof, llegó la hora
de hacer nuestro nombre eterno.
Muere traydor... *dispara una pistola, y*
Ped. ¡ Ay de mí! *cae Pedro.*
Czar. Te pagué lo que te debo.
Huyamos antes que el campo
se ponga en arma.
Menc. Los tiempos
admiren de una muger
tan heroico atrevimiento. *vanse.*
Sale Aug. Señor, aprisa: :-
Dent. Suec. Traycion : :-
Aug. Que el campo todo revuelto: :-
Pero no hay nadie: sin duda
huyo al oir esos ecos.
Dent. voces. Traycion, traycion.
Aug. Todo el campo
se pone en arma: apelemos
à la fuga antes que puedan
cortarme el paso los Suecos.

Ensenada larga haciendo margen al rio, y al otro lado de este ácia el foso otra ensenada, levantándose en ella los muros de Moscou con cañones; en el rio se verán lanchas incenciadas, cuya luz alumbrará esta Escena y puente de tablas: vienen corriendo como de los muros al rio Carlos, Piper, Renchild y Suecos; y por la otra ensenada van ácia el rio Augusto, y Moscovitas.

Carl. Suecos, pues ha sorprendido
el enemigo à los nuestros,
segun dice aquel rumor,
y astutos han dado fuego
à las lanchas que traximos
al agua.
Suec. Al puente.
Carl. No, Suecos;
que por diligencia mia
está de modo dispuesto,
que quantos le pisen hallen
en las aguas su escarmiento:
al agua pues que ya hemos sido
peces en lances diversos.
Suec. Al agua. *pasan el rio à nado.*
Aug. Apriesa Soldados.

Gullens y Suecos dando alcance à los Moscovitas.

Gull. Aquí están no les dexemos
tomar el rio.
Aug. Ya es fuerza, *de espaldas al rio.*
Moscovitas, defendernos,
pues están sobre nosotros.
Carl. Amigos, ya algun refuerzo *saltando*
os llega por buena parte. *del rio.*
Aug. Orden, Soldados, que en medio
nos tienen: vender sepamos
nuestras vidas à buen precio.
Rench. La luz me estorva que dé
favor al Czar.
Aug. Nuestro esfuerzo
se abra el paso para el puente,
que es el ultimo remedio.

Los Suecos astutamente les van franqueando paso para el puente sin dexar de pelear.

Moscovitas. Huyamos.

Acia el puenoe les siguen los Suecos sin entrar en él, y húndese.

Carl. No les sigais;
que para su atrevimiento
basta mi astucia.
Moscovitas. Favor.
Otros. Piedad.
Aug. ¡ Que me ahogo, Cielos!
Carl. Moscovitas agua os doy,
pues à mí me disteis fuego.
En el muro la Czarina, Mencicof y Soldad.
Czar. Moscovitas, que perece
vuestro Czar; todos baxemos
à darle auxílio.
Voces. Favor.
Carl. Baxad, libre el paso os dexo,
si es que quereis divertiros
en contar los que murieron.
Menc. Al rio.
Carl. Vamos al campo,
Soldados, por si algun riesgo
queda en él, mientras aquí
quedan todos repitiendo.
Czar. Al rio.
Unos. Favor.
Otros. Piedad.
Unos. Que me ahogo.
Otros. Que me anego.

ACTO TERCERO.

Aposento corto de Pedro. Salen la Czarina, Augusto, Mencicof, y Moscovitas.

Aug. Señora, por mas que crea
justo el llanto que destilan
vuestros ojos, advertid

que

que solo sirve en el dia
de acrecentar el dolor,
y no de aliviar la herida;
de restaurar lo perdido
solo es tiempo: la desdicha
de vuestro esposo, y mi amigo,
de remedio necesita
mas que de llanto.
Czar. Es verdad:
pero este llanto que miras,
no creas que le produce
mi dolor, mi ràbia misma
la engendra: el ver que yo propia
quité à mi esposo la vida,
pensando quitarla al fiero
origen de mis desdichas,
es lo que mas me enagena,
me desespera y contrista.
Aug. Lo mismo que por salvarnos
fingió, causó su imprevista
desgracia: perdisteis vos
un esposo; mis desdichas
un protector, y un amigo;
y toda esta Monarquía
un padre, un Rey, y una vasa
fundamental de sus dichas.
Czar. Verdad es: pero ha ser
tan fiera y tan inaudita
la venganza que à tomar
mi ciego furor aspira,
como grande en mí el dolor
de su muerte. Ya va el dia
mostrando su luz, Augusto;
ya es hora de que en cenizas
conviertan nuestros furores
quanto de opósito sirva
à nuestra venganza: vós
(pues vuestra amistad publíca
quanto amó à Pedro) al momento
mandaréis que se aperciba
un vivo fuego en la Plaza
contra esa gente enemiga:
no queden hoy en Moscou
mas que las gentes precisas
para jugar de los muros
la furiosa artilleria;
todos los demas salgamos
à humillar la frente altiva
de ese monstruo; sí, vasallos,
sí amigos, este es el dia
en que vuestros corazones
demuestren la fe debida
à vuestro Rey, la hora es esta
de vengar con valentía
su muerte, dexando eterna
vuestra fama esclarecida.
Moscov. Que al arma toquen.
Uno. Ninguno
dexará sin ignominia
de dar por su amado Rey
su honor, su sangre y su vida.
Menc. Eso sí, nobles Soldados,
mostrad que sois Moscovitas
en todo.
Czar. Vamos Augusto,
ven Mencicof: llore y gima
ese exército soberbio
nuestro rigor: nuestras iras
publiquen quanto mas fuertes
nos hacen nuestras desdichas.
Al arma.
Menc. Al arma Soldados:
venguemos nuestra ignominia. *vanse.*

Aposento de la tienda de Carlos, con mesa, escribanía y dos sillas. Salen Renchild: Piper y Carlos.

Rench. Puesta al pecho traigo ya *ap.*
la joya que la Czarina
me emvió por distintivo
de nuestra alianza antigua:
ella misma excitará
à la venganza mis iras,
quando me acuerde la causa
con que la traigo à mi vista.
Sale Carl. ¿Isabela te la dió?
En secreto con Piper guardando una carta.
Pip. Señor, sí; y la mucha prisa
con que dárosla me manda,
la curiosidad excita
de saber lo que contiene.
Carl. Vendrá à pedirme justicia *à Piper*
contra el rigor de ese perro. *ap.*
Pip. No lo creo, aunque lo escriba.
Carl. Dí: ¿Quántos Suecos murieron,
Piper?
Pip. Tres.
Carl. ¿Y Moscovitas?
Pip. En el campo se han hallado
veinte y dos.
Carl. Si bien se mira
debe agradecerme Pedro
que aminore su familia,
pues si veinte y dos que coman
le quito todos los dias,

de unas sospechas mentidas;
y yo viendo ese puñal
amenazando mi vida,
de mis armas me despojo
para alentar tu osadía:
yo pudiera castigarla
como Rey; pero dirian
algunas bastardas lenguas
que por temer tu ojeriza
te castigué: pues no, infame,
no he de dar à tu perfidia
mas castigo, que arrancar
de tu vil pecho esta insignia, *le quita*
testigo que mudamente *la cadena.*
pregona tu alevosía,
para que à mis reales plantas
de injuriosa alfombra sirva. *vase.*

Rench. ¡Qué pudiera mi soberbia
tolerar esta ignominia!
vive Dios que estoy corrido
de haber sufrido su altiva
condicion: pero pues ya
todas las triciones mias
se descubrieron, ya es hora
de evitar con osadia
el golpe con que me amaga
el fuero de su justicia.
Iré à Moscou con el Czar,
y avivaré su ojeriza
contra Carlos, porque sea
quien con sus armas unidas
con un golpe solamente
humille su frente altiva. *vase.*

Telon de selva. Sale Pedro.

Ped. Viendo las Tropas Suecas
algun tanto divertidas
en el campo, con cautela
salí de la tienda misma
de Renchild, en donde Carlos
prisionero me tenia;
y à Moscou:-

Dent. voces. Al arma, guerra.

Ped. ¡Qué es lo que oigo!

Dent. Czar. Moscovitas,
la muerte del Czar venguemos.

Ped. Mi esposa es, que mi desdicha
creyó.

Dent. Carl. Suecos à las armas,
pues la canalla enemiga
nos busca.

Ped. ¿Qué aguardo pues,
que à dar no voy con mi vista
alientos à mis tropas? Carlos
prevente à llorar tu ruina. *vase.*

Salen con espada en mano Soldados Moscovitas, Augusto, Mencicof y la Czarina.

Czar. Vasallos no es hora ya
de acordar à vuestras iras
nuestra situacion funesta;
para haceros, Moscovitas,
mas fuertes, solo os acuerda
la voz de vuestra Czarina
que ha muerto Pedro.

Sale Ped. Mintió
la infame lengua atrevida
que así te ha informado, esposa:
conserva Pedro su vida,
à pesar de sus desgracias,
para ser triste ruina
de Carlos Doce, y escudo
de mis nobles Moscovitas:
vivo estoy para vengar
las afrentas recibidas,
vasallos.

Czar. Esposo:-

Aug. Amigo:-

Menc. Señor:-

Ped. Vuestras alegrias
contengan esos extremos.
Renchild me dió, esposa mia,
vida y libertad: dexemos
por ahora el dar noticia
de como fué, pues el tiempo
à ganar glorias nos brinda.
No ya mi muerte os irrite,
Soldados: la fama misma
de vuestro valor inflame
vuestras almas: la codicia
noble del triunfo enardezca
vuestro corazon: à vista
del enemigo nos vemos
llenos de oprobrio: si estima
vuestro valor la opinion
que está mirando perdida,
hora es ya de recobrarla,
haciendo que hoy en cenizas
vean los Suecos deshechas
esas máquinas altivas:
no quede en todo este campo
flor que no sea teñida
con sangre Sueca; y si acaso
derramasen vuestras iras
tanta, que temais que anegue
toda esta fertil campiña,

Ma-

llamadme à mi, vereis que es
tanta la sed que me ostiga
de venganza, que aun no baste
ella toda à la sed mia:
así obrad, si ser quereis
verdaderos Moscovitas,
Soldados; pero si no
huid de mi compañia,
que yo solo arrebatado
del valor que me domina,
mandaré tocar al arma,
y con mi fuerte cuchilla
iré à ser de todos ellos
terror, asombro y ruina.

Dent. Carl. Suecos mios, pues el Czar
con tal almuerzo nos brinda,
comamos triunfos, y sepa
qua es nuestra mejor comida. *Sale con*

Aug. A ellos Soldados, venguemos *tropa.*
de una vez tanta ignominia.

Ped. Vasallos, aquí está el Czar
en vuestra ayuda.

Voces. El Czar viva. *Retiran à los Suec.*

Carl. A mas moros mas ganancia,
amigos.

Pip. Que nos retiran,
Señor.

Carl. Sí; pero à lo menos
no vean con villania
volver la espalda à mis Suecos.

Suecos. Ya no hay quien tanto resista.

Carl. ¿No? pues morir, que à eso solo
os traxe en mi compañia. *vase.*

Sale Rench. Ya huyen vencidos los Suecos
por el Czar: y pues propicia
se me declara la suerte,
ya es tiempo que à mi ojeriza
quiten hoy mis sentimientos
la afrentosa mascarilla.
Enemigo de mi Rey
à ser voy; mas quando diga
la fama que cometí
culpa tan atroz é indigna,
no digan que me obligaron
las promesas repetidas
del Czar, pues solo mis zelos
à tal oprobio me guian. *vase.*

Dent. Gull. Al monte, Suecos.

Voces. Victoria
por el brazo Moscovita.

Salen Piper y Carlos con el rostro ensangrentado.

Carl. Piper, ¿con que nos vencieron?

Pip. Si señor; rota en quadrillas
nuestra gente, en ese monte
se fué à defender sus vidas.
El Czar, no viendo enemigos,
à solo el saco destina
sus gentes, apoderado
de toda la artilleria.

Carl. Bueno es dexar que nos venzan
una vez los Moscovitas;
que yo ya estaba cansado
de vencer todos los dias.

Pip. Sí; pero ved, gran Señor,
que nuestras vidas peligran
aquí si es que nos descubren.

Carl. ¿Sí? Pues vamos. Pero mira:
Renchild estará saqueando
ahora nuestras tiendas mismas.

Al irse, salen Mencicof, la Czarina y Moscovitas envistiendoles.

Menc. Suecos son: rendid las armas.

Czar. ¿Qué es lo que mira mi dicha?
Mencicof, Carlos es este;
y así, muera à nuestras iras
si se defiende.

Carl. ¿Pues qué
quereis hoy que à sangre fria
un Carlos Doce, y un Piper,
sus valientes armas rindan?

Menc. Ved, Señor, que vuestra gente
desbaratada y herida
toda huyó.

Carl. No la conoces:
mis Suecos no huyen; irian
à hacer ganas de reñir,
pues porque no las tenian
dexaron por vuestro el campo.

Menc. ¡Qué condicion tan altiva!
Pues hacedlas vos tambien,
si quiere vuestra osadia
defenderse.

Carl. ¿Defenderme?
Y aun procurar vuestra ruina.
Piper, ¿los dos te persuades
que para esta vil quadrilla
bastarémos?

Pip. No señor.

Carl. ¿No? Veamoslo este dia.

Pip. ¿Lo quereis vos? Pues à ellos. *riñen.*

Czar. En prenderle vivo estriva
el mayor triunfo, Soldados.

Carl. Pues me parece, Czarina,

que

que no lo lograreis por hoy,
aunque el infierno os asista.

Men. Así llorarás tu suerte.

Carl. No haré tal, sino reirla;
que no pueden sus mudanzas
postrar la constancia mia.

Entranse retirados de los Moscovitas.

Telon de selva, y sale Gullens y Suecos.

Gull. Suecos valientes, ya estamos
en donde nuestras fatigas
aliviemos sin temor
de que la gente enemiga
nos ataque: aquí podremos
reparar nuestras desdichas
un tanto, mientras la suerte
compasiva las alivia.
Nuestro exército deshecho,
nuestras haciendas perdidas,
muertos nuestros Generales;
y lo que mas me contrista,
nuestro Rey preso, segun
aquellas voces publican,
hace mas dura la suerte
de todos: aquí peligran
al rigor del enemigo
y del hambre nuestras vidas:
volver atrás no es posible,
pues es toda esta Provincia
contraria: un asilo solo
nos queda, que no diria,
si otro hallára: sorprender
al Czar en su Corte misma
es el medio que nos queda:
contemplo que es infinita
su guarnicion; pero toda
es fuerza que esté este dia
ocupada en celebrar
el triunfo entre mil delicias,
agena de que nosotros
emprendamos tan no vista
heroycidad: y así, amigos,
como nuestra valentía
entre en Moscou, aterrada
confusa, y sobrecogida
la multitud de sus tropas
con accion tan imprevista,
ella misma vendrá à ser
la ruina de sí misma:
tanto como es arriesgada,
será esta accion aplaudida,
y digna de que los tiempos
en sus anales la escriban:
à los floridos laureles
que orlan las esclarecidas
sienes nuestras añadamos
esta gloria mas: la vida
preciosa de nuestro Rey,
que por instantes peligra,
nos inflame; nuestra gloria
nos excite; y nuestra misma
conveniencia nos aníme,
y llene de la mas viva
confianza: pocos somos;
pero si nuestra osadia
triunfase, será mayor
la hazaña, y mucho mas digna.
De morir aquí al rigor
del hambre, ó allí à las iras
del nemigo, Suecos,
nuestra heroycidad elija.

Sold. 1. Morir por el Rey queremos.

Sold. 2. Convirtamos en cenizas
à Moscou, si no podemos
librar al Rey.

Gull. Esa invicta
plausible demostracion
de vuestro amor eterniza
vuestra memoria à Moscou,
valientes Suecos, pues dista
tan poco de aquí: conozcan
estos fieros Moscovitas,
que los Suecos, que valientes
van hasta sus casas mismas
à provocar su furor,
la cordura les retira,
no el miedo, que no conocen
sus almas tal ignominía.

Sold. 1. Viva Gullens, que tan diestro
à la gloria nos aníma.

Gull. Decid que viva quien hoy
por su Rey se sacrifica
heroycamente, Soldados.
Y pues el valor nos insta,
toquen à marchar, diciendo
viva Carlos Doce.

Todos. Viva. *vanse.*

Plaza de Moscou, con gentes en los balcones; arcos triunfales, por debaxo de los quales al continuado rumor de campanas, tambores, timbales, trompetas y otros instrumentos acompañados de vivas, irán saliendo por el foro mugeres Moscovitas enramando el suelo de yervas olorosas con trofeos de guerra, y Suecos presos, entre

tre los quales irá Carlos à caballo, y Piper à un estrivo; y un Oficial Sueco al otro: Suecos prisioneros tirarán de un carro triunfal, en que irán en los asientos superiores Pedro y Augusto; y en los inferiores la Czarina é Isabela; y à pie à los lados Mencicof y Renchild.

Música. Celebren nuestras voces,
aplaudan nuestros ecos
de nuestro Czar augusto
los ínclitos trofeos.

Voces. Viva el Padre de la Patria.

Otros. Viva Pedro el Grande.

Todos. Viva.

Carl. Eh allí, Piper, donde yo
castigaré la perfidia
de Renchild luego que arroje
al Czar de su Monarquía.

Pip. ¡Pese à mí! Sus prisioneros
nos vemos; ¿y eso maquína
vuestro espíritu?

Carl. Y bien; ¿qué
lo he de estar toda mi vida?

Pip. ¡Ah, Señor, que estamos solos!

Carl. Pues en nuestra compañia
no tenemos hoy:::

Pip. ¿A quién?

Carl. A Carlos Doce.

Pip. La misma
impresion hacen en él *ap.*
las dichas, que las desdichas.

Rench. Mas que del Czar es el triunfo *ap.*
de mi rencor y mis iras.

Czar. ¡Oh quánto el ver humillado *ap.*
à Carlos me regocija!

Isab. Honor, ya tendrán hoy fin *ap.*
mis zozobras y fatigas.

Menc. Sigan en honor del Czar
las aclamaciones.

Todos. Sigan.

Música. Prisionero Carlos Doce
se ve por los Moscovitas:
justo es que hallára la suya
quien buscó la agena ruina.

Carl. Tuvo razon el poeta;
pero si Dios no le libra,
yo haré que llore la suya
quien así canta la mia.

Ped. Un gran heroe miro en Carlos,
Augusto.

Aug. ¿Por qué?

Ped. ¿No miras
con qué semblante recibe
su adversidad? Me da envidia
(si es que la verdad confieso)
su alma grande; y dexaria,
por ser solo Carlos Doce,
la gloria con que me miras.
Un hombre que sabe ser
superior à sus desdichas,
es un heroe, Augusto; él solo
sobre su fortuna misma
reyna y domina.

Aug. Ya en fin
su frente orgullosa humilla
vuestro valor.

Ped. Es verdad.
Tiemblen la venganza mia
Suecia y Polonia. Harto tiempo
poseyó con injusticia
Estanislao el dosel
que es tuyo: quien protegia
su iniquidad, ya à mis pies
está llorando su ruina.
Y puesto que la compuerta
que hasta aqui tuvo oprimida
la corriente de mi enojo
llegó à romperse este dia,
corran sin freno estas aguas
tanto tiempo detenidas,
hasta que su furia inunde
quanto su cólera excita.

Dando vuelta por debaxo de los arcos, ocúltase todo por la izquierda del foro; y óyese dentro rumor de guerra.

Dent. voces. Arma, arma.

Otros. Guerra, guerra.

Dent. Gull. Suecos, este es nuestro dia.

Dent. Mosc. Traycion, traycion.

Salen Gullens y Suecos retirando à Mencicof y Moscovitas por una parte, y por otra; y por otra otros con la misma accion con Augusto y Moscovitas.

Gull. No perdone
nuestro furor una vida.

Menc. Moscovitas, castiguemos
la temeraria osadia
de estos Suecos.

Aug. Nadie vuelva
la espalda al riesgo, ò mis iras
le harán mil pedazos.

Gull. Suecos,
à vengar nuestra ignominia.

Mosc. Ya no hay quien tanto furor

un solo instante resista. *vanse.*

Salen Carlos, y el Czar, lidiando.

Carl. Siento que tan gran valor,
Pedro, sea Moscovita.

Ped. Mas siento que sea el tuyo
desperdicio de mis iras.

Carl. Eh ahí un ardimiento noble
mal empleado.

Dent. Aug. Gallinas,
no huyais así. ¡Oh pese à mí!
Mis tropas huyen à vista
de tanto estrago, y el Rey:- *sale.*
¡Pero qué veo! La vida
salvad huyendo, Señor.

Carl. Tente: y toma esta doctrina. *dexan*
Si hubiera una lengua infame *de lidiar.*
que à Carlos con ignominia
aconsejára que huyera,
à lidiar no tornaria
con su enemigo, sin que
le convirtiera en cenizas.
Esto hiciera Carlos Doce
con un cobarde. Ahora lidia.

Aug. Quien à él le aconseja que huya
sabrá à impulsos de sus iras
hacerte à tí mas pedazos
que tú me hiciste injusticias.

Carl. Hazlo para que te crea.

Aug. Sí haré. *riñen.*

Sale Pip. Que Carlos peligra,
Soldados. Aquí estoy yo,
si es que sirve mi cuchilla.

Carl. Sí, Piper; que son valientes
à pesar de Moscovitas.

Salen Suecos. Aquí está.

Carl. Recio, Soldados,
que deseo que se rindan,
para que tiren del carro
en que ellos triunfantes iban.

Ped. Pues resistir no podemos,
de asilo por hoy nos sirva
el Castillo de los Czares.

Aug. Vamos, pues, que la desdicha
lo quiere. *Vanse retirando à los*

Carl. Suecos, à ellos. *Moscovitas.*

Sale Rench. ¡Oh pese à la suerte mia!
Todas las tropas del Czar
rotas y despavoridas
huyen, y al furor de Carlos
no hay cosa que se resista.
Frustrados mis pensamientos,
mis esperanzas perdidas
están del todo. ¡Oh mal haya,
quien de la suerte se fia!
Me declaré por el Czar
contra Carlos; y sus iras
vengarán en este instante
sus agravios con mi vida
si me hallan aquí: la fuga
de asilo à mis males sirva.

Sale Isab. Donde hallaré:-

Rench. ¡Mas qué veo!
¿La ocasion de mis desdichas
no es esta?

Isab. ¡Pero qué miro!
Huye esposo; pues la invicta
mano de Carlos aquí
vencedora se encamina
haciendo estragos.

Rench. Sí haré:
pero ya que mis desdichas
quieren que él venza, y que yo
huyendo vaya sus iras,
no quede à su vanagloria
un trofeo mas, que sirva
à su pasion de deleyte,
y à mi fama de ignominia.
Morirás:-

Isab. Detente esposo,
que bastante envilecida
quedará tu ilustre fama,
quando las historias digan
que el fuerte Sueco Renchild
vino à morir Moscovita:
bastante obscurecerá
tus hechos esta ignominia,
sin que tu inhumanidad
dé otra causa mas indigna.
Si el temor de que à mi honor
se atreva la tirania
de Carlos, ha producido
una idea tan iniqua,
y detestable, bien puedes
ausentarte de mi vista
seguro de que hay valor,
hay constancia, hay osadia
en mí, para reportar
sus libertades iniquas;
y quando no, yo te juro
que yo propia, que yo misma
à impulsos de mi constancia,
antes que vea marchita
mi opinion, hacer sabré
sacrificio de mi vida;

sí,

sí, esposo, vé, y con la fuga
tu propia desgracia evita;
parte, conserva tu aliento,
mientras la suerte impropicia
se muda; que yo te ofrezco
conservar tu fama limpia;
huye.

Rench. Deten ya la voz,
Isabela, no prosigas;
que es tan ciega la pasion
con que mis ojos te miran,
que, aun despues de muerta, pienso
que tendrá mi fantasia
miedo de que logre Carlos
la ocasion que solicita:
y así, mas quiero que el mundo,
que he sido inhumano diga
justamente, que morir
con el pesar de que viva
te dexo para que seas
víctima de las caricias
de Carlos: muera yo; y sepa
que hasta el sepulcro camina
conmigo la hermosa causa
del tropel de mis desdichas:
no te estremezcas de oirme;
que no será mi codicia
la primera que ha llevado
hasta las bobedas frias
de su panteon los tesoros
inmensos que poseía,
para que ninguno goce
lo que adquirió su fatiga:
bárbaro soy, lo conozco;
pero tanto me domina
este error, esta locura,
esta rabia, ò esta envidia,
(que al delirio de los zelos
no hallo otra frase mas digna)
que aunque conozco la culpa,
hoy à abrazarla me obliga,
para que lave la muerte
lo que ha empañado tu vida.

Va à herirla; y salen Piper, Gullens, la Czarina y Carlos.

Carl. Bárbaro, deten el golpe.

Rench. Yo: :- Señor: :- Si: :-

Carl. No prosigas,
cruel, si avivar no quieres
con tus disculpas mis iras.
Vergüenza tengo de haber
tolerado tus perfidias
tanto tiempo: pero ya
que de la paciencia mia
abusaste, experimenta
el rigor de mi justicia.
Dí, monstruo: ¿con qué pretexto
quisiste dar à mi vida
fin sangriento, como aquí
este instrumento publica? *muestra el puñal.*
¿Con qué fin traydoramente
trazaste con la Czarina
mi muerte, como este escrito *la carta,*
en tu oprobrio lo confirma? *y cadena,*
¿Qué pensaste grangear
con que tu mano atrevida
diera muerte à esa inocente,
como dos veces impía
lo intentó? ¿Quién te ha influido
tan atroces, tan indignas
y horrorosas culpas? Dí:
¿no te acaba la ignominia
de ver que el Cielo descubre
tus torpezas? ¿Qué te agitas,
te estremeces, ò pretendes
negar à presencia mia
tus trayciones?

Rench. No señor:
contra vuestra amable vida
conspiré: quise â Isabela
dar muerte con inaudita
crueldad dos veces, sí:
profesé con la Czarina
una secreta alianza,
como ese escrito publíca,
y esa joya de su mano
esta noche recibida: :-

Isab. Eso no, esposo; perdona
si la inadvertencia mia,
ò mi lealtad, te ofendieron:
esa cadena es la misma
que yo dí à cierto Oficial,
fingiendo ser la Czarina,
por descubrir los traydores
que contra la amable vida
de nuestro Rey conspiraban,
segun él mismo decia:
y así: :-

Rench. Detente, Isabela;
que esa accion es ya muy digna
de mi aprecio. Yo, Señor,
autor fuí de tan indignas
maldades; pero protesto
à vos, à quantos me miran,

y à quantos à oirlas lleguen,
que nunca fué la codicia
de ser mas, ni mi ambicion,
quien à intentarlas me obliga,
sino los zelos que : :-

Carl. Calla,
monstruo horrendo, no prosigas:
¿tú zelos de un Carlos Doce?
¿Zelos tú de mí? ¡Qué ira!
¿Zelos tú, quando à pesar
de mis amantes caricias
viste à Isabela constante
ajar mi soberanía,
menospreciar mi poder,
y castigar mi porfia?
Pues por su vida te juro
que he de tomar tan no vista
venganza de tus delitos,
que admire à la tierra misma.
Tú has de morir, si es que puedes
pagar con sola una vida
tantos crimenes horrendos.
Isabela en este dia
será mi esposa; à mi trono
subirá su peregrina
beldad; y mis Reynos todos
su apreciable mano rija:
sus lealtades solamente
este premio merecian,
este blason, y esta gloria:
será : :-

Isab. Solo esposa fina
de Renchild eternamente:
que si él zeloso conspira
contra mí, yo siempre firme,
honrada, amante y rendida,
tributaré à sus crueldades
mis amorosas caricias.

Rench. ¡Qué constancia!

Todos. ¡Qué firmeza!

Carl. ¡Qué placer me da el oirla! *ap.*
¿Quieres, muriendo Renchild,
desperdiciar esta dicha
que te ofrezco?

Isab. Sí señor;
mas alegre, mas festiva
iré con él à morir,
que à reynar con vos.

Carl. Me indignas
mas que sus trayciones. Piper,
donde yo (si no lo olvidas)
dixe (siendo prisionero
de Pedro) que las perfidias
vengaria de Renchild,
haz que este mismo dia
un verdugo la cabeza
de sus hombros le divida.
¡Qué mal finjo mi rigor!

Isab. Valor en mi pecho habita
no solo para escuchar
la sentencia proferida,
sino es para ir animosa
à presenciarla yo misma:
mas haria, antes que daros
(permitid que asi lo diga)
la mano à vos: si faltára
verdugo en aqueste dia
para Renchild, yo, yo propia
lo seria de su vida;
y despues, por no apartarme
de él, lo fuera de la mia.
Ve, Renchild, parte animosa
à morir, pues la justicia
de Carlos Doce lo manda;
pero en tu idea se imprima
la gloria de que bien puede
este heroe, que el orbe admira
por sus prendas, ganar Reynos,
vencer huestes infinitas,
y hacerse dueño del mundo,
como sus triunfos publican;
pero no podrá jamas
decir en afrenta mia,
y oprobrio tuyo : :- Renchild
murió por no ver mis dichas;
pues no habrá en el mar arenas,
ni flores en las campiñas,
arrojará el fuego agua,
y el agua llamas activas,
primero que Carlos Doce
mi heroyco espiritu rinda.

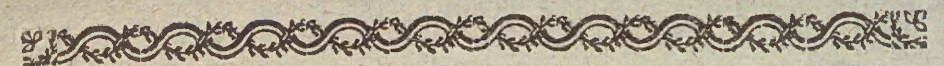
Carl. Solo probar he querido
tu constancia: ya la admiran
quantos te ven: por tí sola
perdono à este monstruo; vida,
rentas y honores le dexo;
pero lexos de mi vista;
que eres bella, y no podré
vencerme todos los dias.
Vosotros en mi poder *à la Czar. y Mencic.*
quedaréis mientras mis iras
destruyen ese castillo,
en que à defender su vida
se ha encerrado vuestro esposo

con

con las funestas reliquias
de este exército. Y tú, joven, *à Gull.*
cuya noble valentia
me da esta victoria, aguarda
la recompensa debida
à tu valor: por ahora
los puestos que poseia
ese traydor sean tuyos,
pues tan heroyco acreditas,
como astuto, en este lance,
que tanto en la guerra lidia
el ardid, como el valor.
Todos. Cuyos triunfos finalizan,
pidiendo humildes perdon
de sus faltas infinitas.

FIN.

CON LICENCIA.



Barcelona: En la Oficina de Pablo Nadal, Calle del Torrente de Junqueras, Año de 1799.